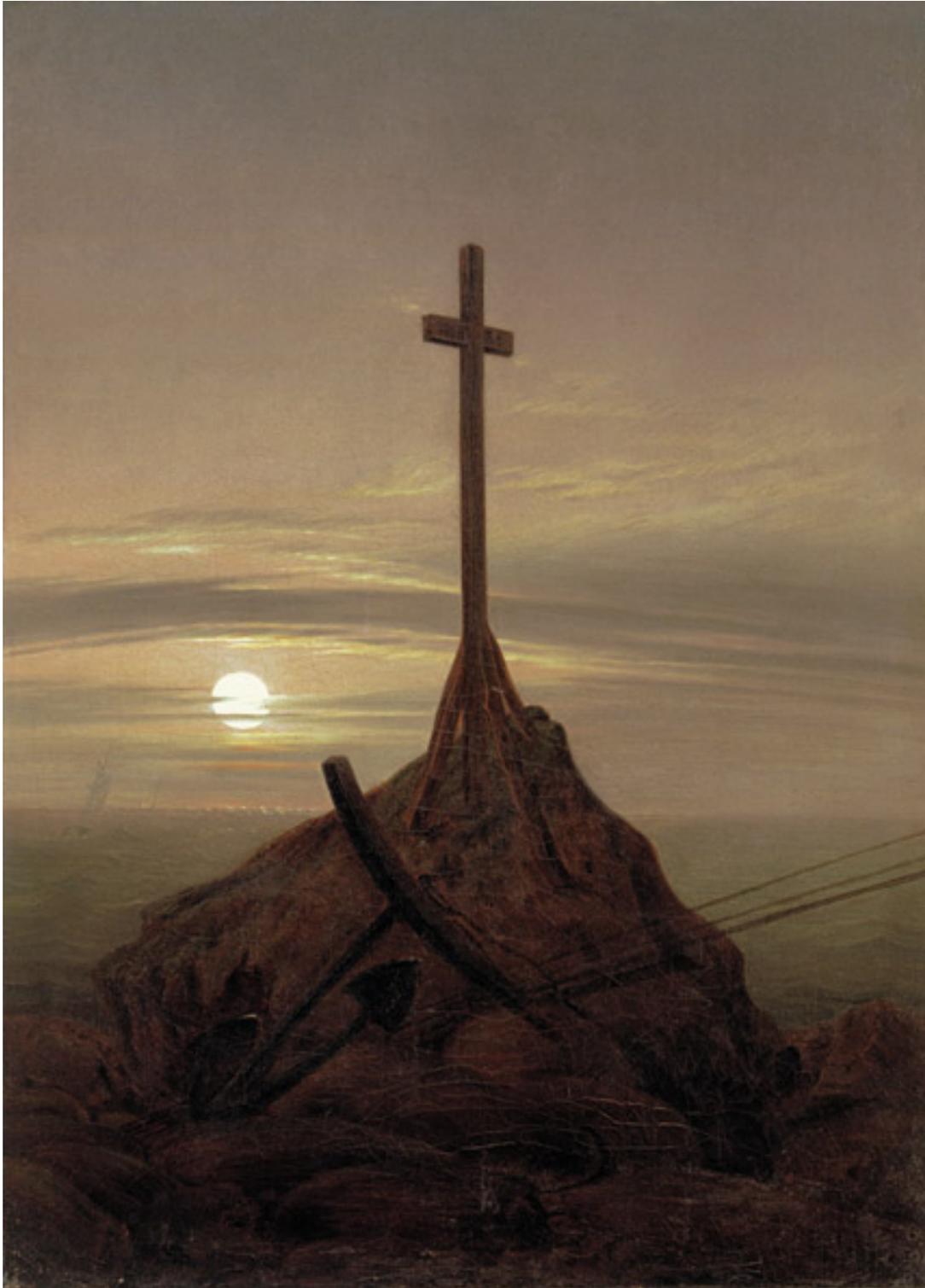


# Peter Clow. Una Novela Hoffmaniana

Carlos Manuel Blanco



# Capítulo 1

## **Advertencia:**

La siguiente obra tiene escenas de sangre, muerte y locura, por lo que se aconseja a los menores de edad o a la gente impresionable que deje este libro en paz y busque a leer otra cosa.

Los hechos, lugares y personas descritos en la obra son casi en su totalidad sacados de la imaginación del autor, y no describe un lugar o momento específico del tiempo y la historia.

## Capítulo 2

### **Exordio:**

*¡Aquí está, nenes y nenas,  
vean bien a Pedro Melenas!  
Por no cortarse las uñas  
le crecieron diez garras,  
y hace más de un año entero  
que no ha visto al peluquero.  
¡Qué horroroso! ¡Uy, qué miedo!  
¡Encontrármelo, no quiero!*

***Struwwelpeter, cuento infantil de Heinrich Hoffmann***

## Capítulo 3

### **Citas:**

*"The secret side of me*

*I never let you see*

*I keep's cage,*

*But I can't control it"*

*(El lado secreto de mí*

*No te lo dejo ver,*

*Lo mantengo encerrado,*

*Pero no puedo controlarlo)*

### ***Fragmento de Monster, canción del grupo estadounidense Skillet***

*iAh! ¿Cómo hubiera podido escribiros en el terrible estado en que se halla mi espíritu y que aún hoy turba mis pensamientos? ¡Algo espantoso ha penetrado en mi vida! Sombríos presentimientos de un destino cruel y amenazador se ciernen sobre mí como la sombra de esas nubes negrísimas que ningún rayo de sol puede atravesar.*

### ***"El Hombre de Arena" de E. T. A. Hoffmann***

## Capítulo 4

### **Definiciones:**

#### **Definición de Hipnofobia:**

La hipnofobia o somnofobia es el miedo persistente e irracional a dormir, o a cualquier acción que conlleve el reposo.

#### **Definición de Bogifobia:**

Es el miedo persistente e irracional hacia seres sacados de las leyendas populares o los mitos relacionados con asustadores de niños (tipo El Hombre del Saco, El Coco o Krampus), por lo general se le asocia o se complementa con otras fobias, como la nictofobia, la claustrofobia o la coulrofobia.

## Capítulo 5

### **Capítulo 1: Sobre lo que Pasó con el Gerente Cruel.**

Cualquiera que trabajase en la oficina de correo de Dünkelburg sabía que tras el primer día te daban ganas de tomar tus cosas y largarte de allí sin molestarte en pedir tu paga, nadie que trabajase allí pensaría que los pocos marcos que ganabas trabajando valieran tantos dolores de cabeza y tantos sufrimientos sin sentido alguno.

¿La causa? El gerente a cargo, el señor Heinrich Schiller, un completo y total lastre para todo aquel que quisiese trabajar con él...perdón ¿dije lastre? Creo que eso sería demasiada consideración hacia alguien como Heinrich. Para todos era claro que aquel hombre era como un maldito demonio, sacado del mismísimo trono de Satán solo para atormentar a sus subordinados.

Desde insultos hasta humillaciones públicas, desde bofetadas hasta palizas, y ni hablar del picahielos, aunque no parecía notarlo (o a lo mejor si lo notaba), ese pincho de metal inoxidable era lo que evitaba que los empleados le dieran una paliza, sabía que el resto de los hombres de Dünkelburg por lo general no iban armados o nunca habían visto un arma en su vida, la ciudad apenas era más grande que un pueblo y estaba en su mayoría habitado por campesinos y arrieros de la provincia. Más él no era de Dünkelburg, según lo que se sabía de él, era un hombre que venía del Ejército Imperial y había egresado de la Academia de Viena, las fuentes indicaban que era austríaco.

Por lo que era un forastero y un ex soldado, por lo que no le temblaba el pulso a la hora de molestar a uno de sus subordinados, mucho menos de amenazarlo con su picahielos si se atrevía a levantarle la mano, y la consideración hacia sus vecinos de Dünkelburg no existía para él, ni tampoco se veía interesado en que tal cosa existiese. Sólo el dueño de la oficina de correos podría hacer algo al respecto con él, pero... ¡sorpresa! El dueño no podía hacer nada en su contra.

¿Les conté que el hombre fue parte del Ejército Imperial? Pues no sólo fue soldado, ascendió increíblemente rápido dentro del ejército y llegó a ser Brigadier de Vanguardia, gracias al hecho de que su propio padre era General del Ejército Imperial. Y cuando Heinrich dejó el ejército en sospechosas circunstancias y buscó trabajo en Dünkelburg ¿quién crees que lo recomendó para que ocupara el puesto de gerente? Pues sí, su poderoso padre, el General Schiller del Ejército Imperial.

¿Creen que el dueño de la oficina de correos de Dünkelburg iba a siquiera amonestar al hijo de un General del Ejército Imperial? ¡Sí, claro! Y con ello firmaría el mismo el permiso para ser fusilado en la plaza pública del

pueblo, frente a los ojos de sus vecinos y familiares. No, no podía hacer nada contra el tal Schiller, aunque su comportamiento era espantoso, no podía hacer nada para que cambiase sus maneras, tenía, como se suele decir, las manos atadas y no podía proceder como quería.

Nadie, ni el dueño ni los trabajadores, sabía porqué Heinrich era tan cruel con los demás, aunque no habían tenido mucha suerte con los gerentes anteriores (ya les había tocado como gerente un viejo huraño y refunfuñón que se jubiló tras dos años de trabajo), éste era el peor con diferencia, era el único que se había labrado el rencor cercano al odio por parte de sus compañeros, el lugar del mero desdén.

Porque al menos los anteriores no se molestaban en hacerles las humillaciones que éste hombre les infringía, todas las crueldades que éste hacía, era como si disfrutara con cada maldad que les infringía a los demás, como si tuviese un placer morboso y sádico en el sufrimiento de los que le rodeaban, y mientras mas terrible era la crueldad, más parecía divertirse el cruel gerente.

Una tarde de otoño, el dichoso Heinrich Schiller salió del trabajo, luego de que su última víctima...o subordinado se fuera a casa, tras cerrar el edificio se fue caminando por la acera, vio a un perro negro recostado y echo un ovillo al costado, él ya lo había visto antes y, como en otras ocasiones, le dedicó un puntapié debajo de las patas traseras, el perro se alejó chillando y él se quedó riéndose del pobre perro.

Metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó una caja de cigarrillos, luego sacó del bolsillo interno de su chaqueta un encendedor, mientras lo buscaba se percató de que llevaba un pan con queso y mermelada que le había hecho una joven cocinera que conocía, a cambio de hacerle un poco de...ejem, compañía por una fría noche de otoño.

Ya podría zamparse su cena luego, podía hacerlo al llegar a la estación de tren, ya que por lo general siempre tardaba entre una hora u hora y media en llegar a la estación. Seguía pensando en ello mientras encendía su cigarrillo y le daba una bocanada, la cual después soltó en una nube de humo blanco que se esfumó en el aire, dejando el olor a nicotina por la calle.

Pero cuando volvió a fijarse en la calle, se dio cuenta de algo extraño. Desde la otra esquina de la acera lo observaba el mismo perro negro que había ahuyentado hacía un rato, el animal estaba agazapado y con los pelos del lomo erizados, parecía como si fuese a saltar de un momento para otro, Heinrich se preguntó en ese momento ¿porqué ese perro había vuelto? ¿Acaso quería cobrarse lo que había hecho? ¡Ja, que tonto! Podría intentarlo cuando quisiera, no era la primera vez que se enfrentaba a un

perro.

El can empezó a acercarse, muy lentamente, paso a paso, pero sin pausa, seguía agazapado y con los pelos del lomo y la nuca erizados, parecía un depredador a plena vista, un cazador acechando a su presa ya advertida de su presencia. Heinrich, sin dejar de concentrarse en el perro, se agachó y recogió una piedra del suelo, apuntó bien y la arrojó, la piedra pasó por encima de la cabeza del animal, ni siquiera detuvo su andar.

¡Qué extraño! Debió de haber hecho algo, los perros por lo general solían huirle a las pedradas. Tomó otra piedra del suelo y la lanzó, la piedra fue a dar a un lado, en las costillas del animal, el cual gimió por el golpe, pero aún así continuó su andar, ahora estaba mucho más cerca de donde Heinrich se encontraba, de hecho estaba ya a escasos metros de donde estaba parado.

¿Qué demonios pasa con ese animal? No importaba, Heinrich no iba a dejar que esa bestia se acercara, no con esa furia que se reflejaba en sus ojos, era obvio que le iba a hacer algo feo, y no iba a permitir que lo lograra. Tomó otra piedra del suelo, pero esta vez se aseguró de apuntar bien, midió altura, calculó la distancia, imaginó la velocidad, y finalmente, arrojó la piedra, la cual fue a dar en el ojo izquierdo del perro, penetrando en el globo.

La piedra cayó sobre el suelo, el perro permaneció parado un momento, gimiendo por el dolor, pero estático en la acera, sin moverse de donde estaba parado, la sangre y el vitro se desparramaron sobre el suelo, creando un charco oscuro y limoso bajo sus patas, luego de un rato el perro levantó la vista hacia Schiller. Su ojo derecho estaba vaciado y era sólo una cuenca vacía de la que manaba sangre que le bajaba a un costado del morro, pero su ojo izquierdo seguía reflejando furia, de hecho ahora había más ira en aquel ojo que antes, como si se hubiese fusionado con la ira del ojo perdido.

Heinrich por primera vez en el día empezó a sentir miedo, aquello no podía ser natural, era imposible, y sin embargo ahí estaba, un perro que le observaba con un ojo ciego y con el otro lleno de una furia infernal de la que ahora no era capaz de zafarse, pensó en ese momento en darse la vuelta y echar a correr como un loco, a ver si con suerte lograría escapar de él.

Más solo fue un pensamiento, en ese momento el perro avanzó de prisa hacia él y saltó directo hacia su cuello, Heinrich trató de zafarse con todas sus fuerzas, trató de apartar al animal con los pies, pero el animal no hacía caso de sus patadas y se concentró en someterlo hasta que finalmente alcanzó su garganta. Un mordisco y un tirón, fue todo lo que el

animal necesitó para desgarrarle las arterias.

El animal empezó a rebuscar en el saco de Heinrich, si éste no hubiese estado desangrándose en el pavimento, se habría preguntado que era lo que buscaba el perro, pero en ese momento sus pensamientos estaban centrados en retazos de su vida pasada, tan claros y vívidos como si los hubiese visto y sentido hace dos horas, la última imagen que pudo ver antes de morir fue la del perro devorándose su cena.

Miles de personas se habían congregado alrededor de la escena, sobre la acera yacía un hombre sobre un charco de sangre que seguía creciendo gracias a su cuello destrozado, sobre el hombre un gran perro negro lamía por dentro una bolsa de papel, lamiendo hasta la última migaja de su contenido.

Finalmente el perro levantó la vista, su ojo derecho no estaba, en su lugar había una cuenca vacía de la que manaba sangre que se acumulaba ante sus patas, su ojo izquierdo reflejaba cierta confusión y cansancio, las patas le temblaban y parecía tambalearse sobre sí mismo.

Intentó dar unos pasos hacia la multitud, pero no pudo andar más de unos pasos, antes de desplomarse sobre el suelo respirando con dificultad, con el tiempo su respiración se fue haciendo cada vez más y más lenta, más y más lenta...tras un rato el animal dejó de respirar.